

LA CIUDAD A TRAVÉS DE SUS PERSONAJES (X)

“GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER Y SEVILLA.

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS”.



Retrato de Gustavo Adolfo Bécquer realizado por su hermano Valeriano.

Museo de Bellas Artes de Sevilla.

TEXTO : JM. ASOCIACIÓN ALBARIZA, CULTURA Y NATURALEZA.

NOVIEMBRE DE 2013

BÉCQUER Y SEVILLA.

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS.

¡Bécquer! ¿Mi Bécquer? No; Bécquer: aquel que tenía “alegre la tristeza y triste el vino”, aquel que era puro equilibrio entre el sueño y la realidad. Bécquer, poeta, escritor, periodista, dibujante, músico, feliz, desgraciado, soñador, melancólico...Bécquer, amado, perseguido, odiado, salpicado por el lodo del rencor político, ensalzado, hundido, “muerto en pie”, resucitado...Bécquer, leído en la adolescencia, olvidado y vuelto a leer con ojos nuevos cuando la vida alcanza su plenitud...Bécquer, “poético”; y, por tanto, humano, entrañable, abierto como un buen libro suyo. (Rafael Montesinos. Bécquer. Biografía e imágenes).

Dejándonos guiar por la biografía de la que hemos extraído la cita anterior y por la obra de Marta Palenque: *“La construcción del mito Bécquer. El poeta en su ciudad, Sevilla, 1871-1936”* vamos a recordar la vida de Gustavo Adolfo Bécquer centrándonos, fundamentalmente, en su relación con Sevilla. Dichos recuerdos nos acompañarán, como en cada capítulo de *“La ciudad a través de sus personajes”*, mientras recorremos los lugares de la ciudad más íntimamente ligados a la vida de nuestro personaje durante su infancia y juventud, vividas en Sevilla, o presentes en sus recuerdos o en sus obras, durante sus largos años de ausencia y, por último, aquellos en los que se materializaron los tardíos y polémicos homenajes de la ciudad de Sevilla hacia su figura, homenajes que pretendían corresponder al amor del poeta. No debe extrañarnos el rechazo inicial de la ciudad hacia Bécquer, porque los amores no correspondidos o idealizados, fueron una constante en la vida del poeta y el de Sevilla fue uno más.

Recordar la relación de Sevilla con Gustavo Adolfo Bécquer conlleva poner de manifiesto lo mejor y lo peor de esta ciudad, porque supone recordar el entusiasmo de unos pocos y la envidia, la negligencia, la inconstancia o la frivolidad de muchos.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA EN EL BARRIO DE SAN LORENZO.

Gustavo nació el 17 de febrero de 1836 en la casa donde hoy se encuentra el número 26 de la calle Conde de Barajas, en el barrio de San Lorenzo, uno de esos barrios que, en palabras del propio Bécquer, *“aún se conservan puros, en donde todavía hablan los amantes por las rejas, donde los vecinos forman la tertulia en mitad de la calle y las mujeres tienen tiestos de albahaca en las azoteas y celosías verdes en los balcones”*.



Fue hijo de un reconocido pintor costumbrista, José Domínguez Bécquer y de Joaquina Bastida, un matrimonio del que nacieron otros siete hijos más. Su padre era descendiente de ricos comerciantes flamencos llamados Becker, asentados en Sevilla desde finales del siglo XVI y que terminaron castellanizando su apellido, sustituyendo la “k” por “qu”. En 1628 obtuvieron certificado de nobleza y unos años antes ya disponían de capilla propia en la catedral de Sevilla, precisamente la que hoy está dedicada a las santas Justa y Rufina, como aún puede leerse en una inscripción en la verja de dicha capilla: *“Esta capilla y entierro es de Miguel y Adam Bécquer hermanos y de sus herederos y sucesores. Acabose año 1622”*.

Bécquer era el tercer apellido del pintor José Domínguez y el quinto, por tanto, de sus hijos, Gustavo Adolfo y de su hermano Valeriano. Todos ellos dieron prelación al apellido flamenco, José Domínguez lo situó en segundo lugar y Gustavo y Valeriano lo utilizaron como primer apellido.

Los miembros de la familia Bécquer disfrutaron de abundantes cualidades artísticas y padecieron una corta esperanza de vida. Su padre, José Domínguez Bécquer y su tío Joaquín, fueron dos reconocidos pintores costumbristas. También fue pintor su hermano Valeriano, y, según Narciso Campillo, Gustavo *“en música y en pintura hubiera sido más grande que en poesía”*. No fueron los Bécquer tan afortunados en lo referente a la salud. Ni su padre ni su hermano ni él, llegaron a los cuarenta años de edad y la madre, Joaquina Bastida, los superó por poco. Antes de morir Gustavo Adolfo ya habían fallecido otros tres hermanos suyos y los dos hijos que tuvo nuestro personaje con Casta Esteban (hubo un tercero pero, al parecer, fruto de una relación extramatrimonial de ella), también murieron jóvenes y sin descendencia.

Su infancia discurrió por el barrio donde nació, San Lorenzo, en cuya parroquia fue bautizado. Por sus calles jugó, al parecer poco por su carácter retraído y fue también

en este barrio donde vivió su primer amor de adolescente. Un amor romántico, platónico, como otros que se le conocieron a lo largo de su vida, con una joven que vivía en la calle Santa Clara a la que nunca llegó a dirigir la palabra y de la que, probablemente, ni siquiera llegara a conocer su nombre.

Cuando tenía cinco años perdió a su padre y con once recién cumplidos sufrió el fallecimiento de su madre. A los nueve años ingresó en el colegio de San Telmo para estudiar náutica. El edificio que albergaba este colegio, que posteriormente compraron los duques de Montpensier para convertirlo en su residencia sevillana, es el actual Palacio de San Telmo. Contaba Narciso Campillo, amigo de Gustavo y también alumno de San Telmo, que para ingresar allí era preciso *“ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado, que costaba la educación y los alimentos de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias...”* Poco tiempo pudo disfrutar de la educación (y de la alimentación) de dicho centro, porque fue clausurado, por problemas presupuestarios, un año y medio después de que ingresara. Esa corta estancia al menos le sirvió para entablar amistad con el que años más tarde llegaría a ser profesor de Retórica y Poética y director de la importante revista La Ilustración Española y Americana, Narciso Campillo. Fueron íntimos amigos hasta la muerte, con alguna interrupción por motivos desconocidos. Narciso Campillo era la persona a la que se dirigía Gustavo Adolfo para que corrigiera sus escritos y también fue a él a quien entregó su obra no publicada, pocos días antes de morir, para que la revisara y decidiera qué publicar: *“Estoy haciendo la maleta para el viaje. Dentro de poco me muero. Liados en este pañuelo vienen mis versos y prosas. Corrígelos como siempre, acaba lo que no esté concluido y después me los devuelves; y si antes me entierran, tú publicas los que te gusten y en paz”*

Cuando quedaron huérfanos los hermanos Bécquer fueron acogidos por unas hermanas de la madre que tenían una casa en la Alameda de Hércules. Durante aquellos primeros años de orfandad preadolescente, Gustavo pasó muchas horas en casa de su madrina, Manuela Monnehay Moreno, una mujer de una gran cultura y propietaria de una importantísima biblioteca. En aquella casa entró en contacto con la poesía, y fue allí donde compuso sus primeros poemas, algunos de los cuales fueron publicados, cuando solo tenía trece años, por la revista *El Regalo de Andalucía*.

A los catorce años ingresó en el taller de pintura de Cabral Bejarano, donde estuvo dos años, hasta que, junto con su hermano Valeriano, entraron de aprendices en el taller de su tío Joaquín Domínguez Bécquer, quien le recomendó, doce meses después, que dejara la pintura y se dedicara a las letras, sufragándole, para ello, algunos cursos. *“Nunca serás buen pintor, sino mal literato”* le dijo.

El lugar preferido por Gustavo Adolfo para soñar despierto, para disfrutar de su soledad o para vivir sus primeras aventuras juveniles, era la ribera del río

Guadalquivir, en el entorno de la Barqueta. Era allí donde soñaba con ser poeta, con triunfar y con el reconocimiento de sus paisanos. Años después de aquellas escapadas al río, en una de las *“Cartas desde mi celda”*, escritas en el monasterio de Veruela, lo recordaba así: *“En Sevilla, y en el margen del Guadalquivir que conduce al monasterio de San Jerónimo, hay cerca del agua una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura formado por el corte natural de la ribera, que en aquel lugar es bien alta y tiene un rápido declive. Dos o tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol, que rara vez logra deslizarse entre las ramas, cuyas hojas producen un ruido manso y agradable cuando el viento las agita y las hace parecer ya plateadas, ya verdes, según del lado que las empuja. Un sauce baña sus raíces en la corriente del río, hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible, y a su alrededor crecen multitud de juncos y de esos lirios amarillos y grandes que nacen espontáneos al borde de los arroyos y las fuentes.*

Cuando yo tenía catorce o quince años, y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límites que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta(...)fui a sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta a mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles(...)soñaba que la ciudad que me vio nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos; y cuando la muerte pusiera término a mi existencia, me colocasen para dormir el sueño de oro de la inmortalidad a la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas, y en aquel mismo punto donde iba tantas veces a oír el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca, con una cruz y mi nombre, sería todo el monumento. Los álamos blancos, balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerían rezar por mi alma con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrían a refugiarse los pájaros para cantar al amanecer un himno alegre a la resurrección del espíritu a regiones más serenas (...).”

La falta de recursos económicos le impidió ir a la universidad, como sí hizo su amigo Narciso Campillo, que comenzó los estudios de Filosofía y Letras. Algo le transmitía a Bécquer de lo que aprendía en la facultad *“le enseñaba lo que me enseñaban; le hacía un favor y me servía de repaso”* decía Campillo.

Al cumplir los dieciocho años tuvo su primera novia conocida, Julia Cabrera. Fue un noviazgo corto, porque, pocos meses después de iniciado, Gustavo se trasladó a Madrid en busca de la gloria literaria. Quizás fue éste uno de los pocos amores correspondidos que tuvo en su vida. Julia Cabrera nunca le olvidó y siempre le esperó. Murió soltera con cerca de ochenta años, en 1913, el mismo año en el que los restos mortales de Gustavo Adolfo Bécquer volvieron a Sevilla, parece como si hubiera estado esperando para morirle la vuelta a Sevilla de su amor de juventud. En

palabras de Rafael Montesinos *“Él había vuelto, por fin a Sevilla; a ella se le había cumplido, también por fin, el tiempo de la espera”*.

MADRID, CON SEVILLA EN EL RECUERDO.

Narciso Campillo, Julio Nombela, un madrileño que residía temporalmente en Sevilla, y el propio Gustavo, planearon trasladar su residencia a Madrid, en busca del éxito como poetas. El que más fácil lo tenía era Nombela, ya que se iría a vivir a la casa de sus padres. Narciso y Gustavo hacían planes y cuentas para saber con qué recursos subsistirían. En la discusión de aquellos planes se puso de manifiesto el optimismo de Bécquer, que estaba convencido de que con lo que les pagarían las editoriales por sus obras incluso les sobraría dinero para obras de caridad. La realidad no fue esa, ni mucho menos, nuestro personaje lo pasó realmente mal durante los cuatro o cinco años siguientes a su llegada a Madrid, una ciudad que, en un primer momento, le decepcionó profundamente, si bien estaba convencido de que para triunfar en las artes o en las letras en España, había que vivir allí.

Los primeros años en la capital los pasó rodando de pensión en pensión, buscando siempre una más barata que la anterior. Cayó gravemente enfermo, hizo pequeñas colaboraciones para periódicos y revistas e incluso tuvo un breve trabajo como escribiente del que fue despedido. Vivió momentos de gran necesidad material de los que fue rescatado por amigos que lo llevaron a vivir a sus casas, pero también fue durante esos años cuando comenzó a escribir sus *Rimas*, después de conocer a dos de sus musas, las hermanas Julia y Josefina Espín. De ambas parece que estuvo enamorado, pero fue Julia, la cantante de ópera, quien le *“envenenó el alma”*.

Una mujer me ha envenenado el alma

otra mujer me ha envenenado el cuerpo

ninguna de las dos vino a buscarme

yo de ninguna de las dos me quejo.

Se desconoce quien fue la que le *“envenenó el cuerpo”*. Bécquer contrajo la sífilis. Llevaba todos estos contratiempos con gran estoicismo *“Ni de su triste vida, ni de sus dolores físicos, quejándose nunca ni maldecía jamás. Mudo cuando era desgraciado, solo tenía voz para expresar un momento de alegría. Cuando refería contrarios sucesos de su vida, lo hacía o entre burlas o poetizando alegre y simpáticamente la desgracia”* decía Ramón Rodríguez Correa, refiriéndose a nuestro personaje.

Desde un punto de vista económico su vida mejoró cuando se comenzó a publicar el diario conservador *El Contemporáneo*, donde publicó, de forma anónima por exigencias del periódico, las *“Cartas literarias a una mujer”*, muchas de sus leyendas, algunas *Rimas* y las *“Cartas desde mi celda”*, un fragmento de la tercera son los

recuerdos adolescentes de Sevilla que están recogidos más arriba. En este periodo también estrenó algunas obras de teatro sin demasiado éxito.

Se casó o le casaron, como decía Nombela, con una joven, Casta Esteban, hija de una familia *“rica pero muy tacaña”* que no le hizo demasiado feliz. Tampoco ella estaba especialmente contenta con su vida junto a Bécquer *“exceso de poesía y escasez de cocido”* le dijo a una amiga. Tuvieron dos hijos. El matrimonio se rompió de forma tormentosa tras descubrir Gustavo la infidelidad de Casta, que, al parecer, esperaba un hijo de su amante. Bécquer la dejó y se llevó con él a sus dos hijos.

Unos años antes de su separación, en 1863, viajaron a Sevilla donde pasaron el verano y el otoño con su hermano Valeriano, al que convenció para que se trasladara también a Madrid con sus dos hijos. Valeriano y Gustavo vivieron juntos, con sus respectivas familias, hasta que murieron. Esta fue la única visita que Gustavo hizo a Sevilla desde que, a los dieciocho años, se marchara a vivir a Madrid.

Los hermanos Bécquer pasaron cerca de un año en el monasterio de Veruela, donde Gustavo continuó escribiendo sus colaboraciones para *El Contemporáneo*. De aquella época en Veruela son las *“Cartas desde mi celda”*.

Al volver a Madrid tras su retiro en el monasterio, el 1 de enero de 1865, fue nombrado *“censor de novelas”*, un cargo para el que fue designado por decisión gubernamental. Lo desempeñó durante diez meses, recibiendo por ello una muy buena retribución. Ese año, que comenzó muy bien para su economía, mejoró aún más cuando le encargaron, con una importante asignación económica, un estudio sobre las costumbres y los trajes típicos españoles. A su hermano Valeriano se le encomendó hacer las ilustraciones de dicho trabajo. Durante aquella temporada llegó a tener dos criadas en su casa. Fue una época confortable para los Bécquer, pero, en cambio, su producción literaria se resintió considerablemente que, a lo largo de su vida, siempre estuvo más ligada a sus momentos de mayor dificultad económica o de salud.

A finales de ese mismo año, cambió el gobierno de España, hecho que le supuso perder el puesto de censor de novelas. También le revocaron el trabajo sobre costumbres y trajes típicos españoles y para colmo cerraron el periódico *El Contemporáneo*, aunque no tuvo demasiadas dificultades para que otros medios de comunicación aceptaran sus colaboraciones.

Durante la revolución de 1868, que supuso la caída de Isabel II, se produjeron actos de vandalismo en los que desapareció el manuscrito de sus *Rimas*. Gustavo pudo reescribirlas sin excesiva dificultad porque las tenía en su memoria. También durante ese año hubo otra revolución, en este caso familiar, fue cuando descubrió la infidelidad de su mujer y se produjo la consiguiente ruptura del matrimonio.

Buscando algo de tranquilidad, los hermanos Bécquer se trasladaron a Toledo y allí vivieron durante todo el año 1869.

MUERTE

1870 fue un año negro para la familia Bécquer. Valeriano murió en septiembre, de una hepatitis aguda y Gustavo tres meses más tarde, el 22 de diciembre, de *“fiebre intermitente maligna y perniciosa e infarto de hígado”*, según consta en el certificado de defunción.

El poeta Augusto Ferrán fue el mejor amigo de Gustavo Adolfo Bécquer, compartían los secretos más íntimos. Augusto contó que unos días antes de morir le dijo *“Me muero. Sabéis que yo no soy pretencioso; pero, si es posible, publicad mis versos. Tengo el presentimiento de que muerto seré más y mejor leído que vivo”*. También Augusto Ferrán fue el depositario del mayor secreto de nuestro personaje y ambos se lo llevaron a la tumba. Dos días antes de morir, Gustavo, postrado en la cama, le pidió que le entregara un paquetito de papeles que estaban atados con una cinta azul y que guardaba en un determinado lugar de la casa. Cuando se lo entregó, Bécquer alargó trabajosamente un brazo, lo tomó y lo quemó con una bujía que había en la mesilla de noche. A la pregunta de su amigo Augusto sobre el motivo por el que los quemaba, Gustavo le respondió *“porque serían mi deshonor”*. Al no quemarse totalmente los papeles, Augusto pudo leer parte del contenido, después los terminó de destruir y jamás desveló el secreto que contenían.



Bécquer en su lecho de muerte. Palmaroli. Museo del romanticismo. Madrid.

La muerte de Bécquer fue recogida miserablemente, tanto por la prensa madrileña como por la sevillana, solo unas cuantas líneas en algunos diarios. Exclusivamente *La Ilustración de Madrid*, publicación de la que era director el propio Gustavo Adolfo cuando murió, anunció que publicaría un número extraordinario, en el que el amigo del difunto, Narciso Campillo, realizaría una semblanza biográfica del malogrado escritor.

El homenaje que la naturaleza le rindió en Sevilla fue de mayor magnitud que el de los medios de comunicación: *“Otra ciudad, la más blanca, la más suya, enlutó*

totalmente su cielo aquel mismo día. Media hora después de morir Gustavo, hubo en Sevilla un eclipse total de sol.” Escribió Rafael Montesinos.

LA INCAPACIDAD DE LA SEVILLA OFICIAL PARA RENDIRLE HOMENAJE.

Gustavo Adolfo Bécquer solo consiguió ver publicada parte de su obra en prosa, a través de periódicos y revistas, la mayoría en El Contemporáneo y sin su firma, por requerimientos del propio periódico, y solo diez o quince rimas, también sin firmar. Una de las pocas que se publicaron fue:

Por una mirada, un mundo;

por una sonrisa, un cielo;

por un beso...no sé,

yo no sé qué te daría por un beso.

No consiguió publicar ningún libro. Fue después de morir, cuando, liderados por el pintor José Casado del Alisal, un grupo de amigos realizó una cuestación pública entre Madrid y Sevilla, con el propósito de que la obra poética y narrativa de Bécquer fuera conocida por el público en general y también para conseguir algo de dinero que ayudara a su viuda e hijos a salir adelante. Con este proyecto también se conseguiría recopilar toda la obra en prosa de Bécquer, dispersa entre distintos periódicos y revistas y publicadas en distintos momentos, y, además, que, prácticamente todas las *Rimas*, vieran la luz pública por primera vez. Consiguieron el objetivo que se habían marcado, recaudaron el dinero suficiente y en 1871, meses después de la muerte del poeta, se publicó el libro recopilatorio "*Obras*", que en poco tiempo alcanzó un gran éxito.

Bécquer comenzó a convertirse en un mito.

En su Sevilla natal, se pusieron en marcha varias iniciativas para homenajear a la persona que tantas veces manifestó su cariño por la ciudad en la que deseaba que reposaran sus restos al morir, aquella que, en sus sueños de juventud, deseó que un día se sintiera orgullosa de él.

Marta Palenque, en la obra citada al principio de estas notas, detalla por orden cronológico cada una de las iniciativas que se pusieron en marcha.

La primera fue la de José Gestoso, historiador, archivero, coleccionista de antigüedades y persona de gran relevancia en la cultura sevillana, era un gran admirador de Bécquer. Gestoso encargó un retrato al pintor Sánchez Barbudo para que formara parte de la Galería de Sevillanos Ilustres de la Biblioteca Colombina. Cuando en 1879 el artista concluyó la obra, se colgó, sin ninguna objeción, en dicha "galería", hasta que el jesuita Moga se quejó públicamente de que se hubiera

colocado en dicho lugar el retrato de *“un pobre pecador cuya tibia fe le llevaba a naufragar en la duda”*. Para recalcar tales acusaciones tomó de la obra de Bécquer alguna rima como:

¿Vuelve el polvo al polvo?

¿Vuela el alma al cielo?

¿Todo es vil materia,

podredumbre y cieno?

¡No sé; pero hay algo

que explicar no puedo,

repugnancia y duelo,

al dejar tan tristes,

tan solos los muertos!

El cuadro fue retirado. Un grupo de escritores, periodistas, artistas y otros miembros de instituciones del mundo de la cultura de Sevilla, entregó un escrito al Cabildo Catedral manifestando su queja por tan injusta actuación. El Cabildo se reunió en varias ocasiones, las opiniones dentro del propio Cabildo estaban divididas, no lograban alcanzar un consenso al respecto. Se empezaron a utilizar otros argumentos para justificar la retirada del retrato, como por ejemplo, la dudosa calidad del escritor para estar presente en dicha galería. Cuatro años después, seguía sin recolocarse el cuadro en el sitio para el que fue pintado, por lo que José Gestoso, ya desesperado, pidió que, al menos, le devolvieran el retrato que él había donado, exclusivamente, para que fuera colocado en el sitio del que había sido retirado. Así lo hicieron. El retrato quedó en depósito en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Sevilla hasta 1909 fecha en la que fue aceptado nuevamente por la Biblioteca Colombina. Tuvieron que pasar nada menos que ¡treinta años! desde que fue retirado el cuadro hasta que ocupó, definitivamente, un lugar en la Galería de Sevillanos Ilustres de la Biblioteca Colombina.

Hubo otra iniciativa, que se inició con posterioridad a la del retrato para la Biblioteca Colombina, pero que, afortunadamente, culminó con éxito con anterioridad y fue la de rotular una calle de Sevilla con el nombre de Bécquer. En 1881, once años después de morir, una calle de su ciudad llevó su nombre. Era una calle que en aquella época se encontraba en una zona marginal, por lo que la decisión municipal no fue del agrado de los promotores. José Gestoso llegó a publicar: *“(…) esta, su ingrata patria, la cual tan solo ha rendido a su memoria los modestísimos tributos de una sencilla lápida en la casa en la que nació, y el rótulo de una calle, extramuros, por cierto, de*

las más sucias y olvidadas. (...) El argumento municipal para tal ubicación fue que esa calle estaba próxima a la Barqueta, el lugar que Gustavo idealizó en su tercera *“carta desde mi celda”* escrita en el Monasterio de Veruela, carta que está parcialmente recogida en estas notas.

En 1884, la Sociedad Económica de amigos del País puso en marcha la primera gran iniciativa para erigir un monumento en su memoria para trasladar los restos de Gustavo a Sevilla y para depositar dichos restos en el Panteón de Sevillanos Ilustres de la iglesia de la Anunciación que, en aquel momento, era la capilla de la Universidad Hispalense. Este primer intento fracasó porque el rector de universidad, Fernando Santos de Castro (catedrático de Física), siguiendo el criterio del Claustro de la Universidad, emitió un informe negativo, por tratarse de una iniciativa ajena a la propia universidad y por considerar que Bécquer, ni reunía méritos personales para ello, ni había formado parte en su vida de la Universidad de Sevilla, ni como discípulo ni como profesor. Algún miembro del Consejo dijo que era un despropósito acoger en aquel lugar a un *“pobre coplero”*, el Secretario de la Universidad dijo que era *“un poetilla y además heterodoxo”*. Este primer intento fracasó. Sus promotores desistieron ante tantos y tan radicales rechazos por parte de la Universidad.

No deja de ser curioso que, en Sevilla, los mayores ataques que recibieron todas las iniciativas que se pusieron en marcha en favor de Bécquer, vinieran, precisamente, de los sectores más tradicionales de la ciudad, teniendo en cuenta que Gustavo Adolfo había sido criticado en Madrid justo por los contrarios, por los sectores más liberales, que le consideraban excesivamente conservador y firme defensor de las tradiciones, de hecho siempre fue colaborador de la prensa conservadora, como El Contemporáneo y ocupó cargos, como el de censor de novelas, por nombramientos de gobiernos conservadores.

La Sociedad Económica de Amigos del País fracasó en su intento, pero, al menos, quedó el dinero de la cuestación realizada, que fue parcialmente utilizado para colocar una pequeña lápida en la casa natal de Gustavo Adolfo Bécquer y para comenzar a promover, en el otoño de 1885, la realización del monumento que el poeta anheló en vida, junto a unos álamos, en la orilla del río. Pretendían inaugurarlos unos meses más tarde, el 22 de diciembre de aquel mismo año, coincidiendo con el aniversario de su muerte. El monumento se le encomendó a Antonio Susillo, el gran escultor del romanticismo español. Un artista que también murió joven y tuvo una desgraciada vida sentimental. *“Tienen razón sus paisanos al llamarle el Bécquer de la escultura. Susillo hace sentidísimas rimas con el barro y muestra de esas rimas inimitables son la multitud de bajo-relieves que han salido de sus manos”*, escribió en Blanco y Negro Augusto Comas, o *“el hermano espiritual de Bécquer”* como decían los hermanos Álvarez Quintero (1). El escultor preparó el

boceto de la obra, pero llegó la fecha prevista para su inauguración y la obra seguía sin iniciarse por falta de dinero.

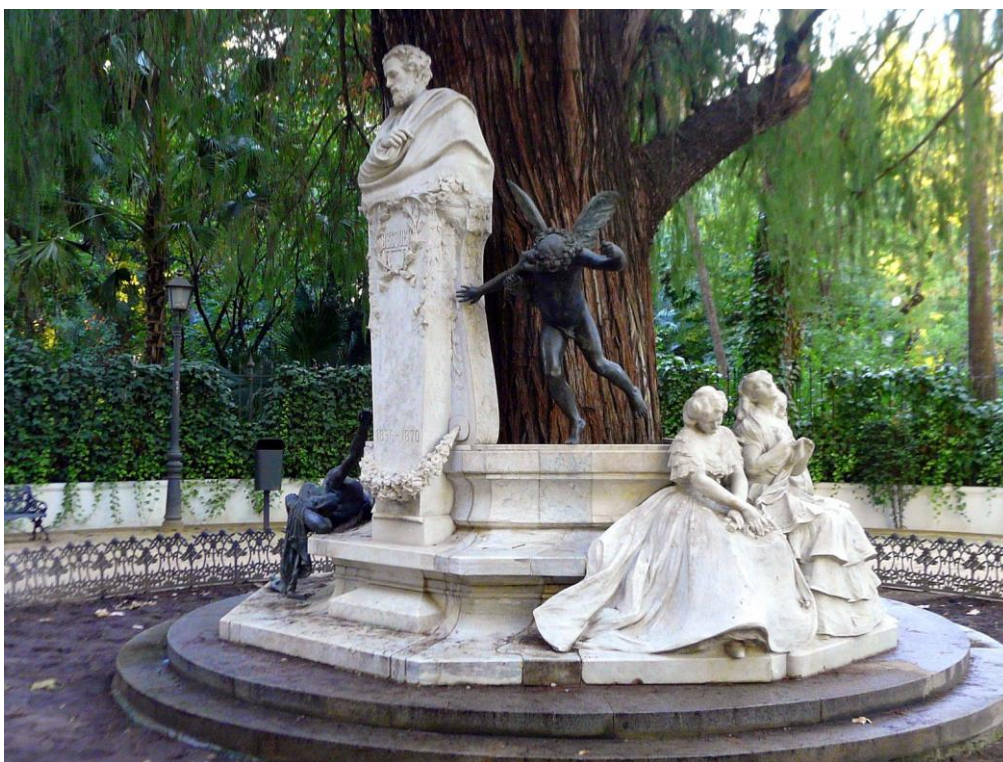
En 1886 el Ayuntamiento de Sevilla realizó una aportación para este fin de 1.500.- pesetas. La Diputación aportó una cantidad similar y el Círculo de Labradores 500 pesetas. Con estas nuevas donaciones se fijó el mes de mayo como nueva fecha para la inauguración del monumento. La prensa local publicó un comunicado dirigido al "Pueblo de Sevilla" pidiendo la colaboración de todos los sevillanos. Pero llegó mayo y todo seguía igual, se anunció un nuevo retraso hasta diciembre, pero llegado ese mes, tampoco se habían iniciado las obras.

Por fin, en enero del año 1887, se celebró solemnemente la colocación de la primera piedra con la presencia de ¡cuatrocientos invitados oficiales!, entre los que se encontraban, alcalde, gobernador, arzobispo, autoridades militares, académicos y, según narró en su día José Gestoso, una multitud de público que la policía municipal se mostraba incapaz de poder controlar. Hubo numerosas intervenciones con discursos pomposos y grandilocuentes, muy celebrados por los presentes en el acto. Los festejos continuaron el 10 de enero con una velada literaria en el teatro de San Fernando y seis días más tarde con un banquete en el Hotel Suizo. Todo el mundo se sintió muy satisfecho y orgulloso por la celebración de estos actos por lo que suponía de compromiso de todas las administraciones y el pueblo en general con el proyecto. Con estos actos se consideró reparada la poca diligencia de la ciudad en reconocer la figura del gran poeta sevillano. Pero ocurrió todo lo contrario. Vergonzosamente para Sevilla, sus dirigentes y ciudadanos, después de tanto festejo y celebración, que tan bien se nos dan organizar, el monumento nunca llegó a construirse. Fue un escándalo. El autor de teatro cómico, Domingo Guerra, ironizaba *"Por Dios, dejémonos de comisiones y procesiones y hágase la estatua"*.

Habían pasado veinte años desde aquellos lamentables hechos cuando los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero y un escritor malagueño, Salvador Rueda, removieron en 1907 la conciencia de los sevillanos para que se levantara, de una vez, un monumento a Bécquer después del vergonzoso intento del año 1887 en el que se colocó con gran pompa la primera piedra del proyecto de Antonio Susillo que nunca llegó a realizarse. Salvador Rueda escribió: *"(...) Sevilla dormita, dormita bajo la pereza de su sol y al son de las infatigables cigarras de sus trigales; pero cuando dice a hacer fiestas, como la de sus ferias fabulosas y las de sus procesiones increíbles, le pasa lo que a las avenidas de su Guadalquivir, que se lleva por delante todo lo que pilla. Ahora que toda España se conmueve en el santo amor de la glorificación de sus dioses, Sevilla, la de la historia estupenda, Sevilla la universal por su fama; Sevilla, la rumbosa, la española, debía decir en un arranque de esos que encandilan y reviven a una nación: aquí hay mármol y aquí hay campanillas y aquí hay oro molido y en*

barra y aquí hay gloria divina para levantar a la inmortalidad en una soberana página de mármol al poeta más bañado en azul de cielo que hubo en la tierra”

Los hermanos Álvarez Quintero deciden dar un paso adelante. Escriben una obra de teatro *“La rima eterna”* y destinan todo el beneficio que pudiera generar dicha obra a levantar un monumento dedicado a Bécquer. Para esta iniciativa se buscó otro emplazamiento: El parque de María Luisa y otro escultor: Lorenzo Coullaut. La obra de teatro de los Quintero tuvo gran éxito en Madrid y discreto en Sevilla, pero suficiente, porque, en menos de un año consiguieron hacer lo que la incompetencia oficial fue incapaz de conseguir en treinta.



Monumento a Bécquer de Lorenzo Coullaut (foto Florencio Costán)

Marta Palenque nos dice en su libro que *“los Quintero fueron capaces de escapar de la inercia y la pasividad habituales de una ciudad campeona en colocar primeras piedras pero inoperante; una ciudad reina en organizar grandes pero hueros fastos y donde lo provisional se convertía en permanente por pura desidia”*. En su libro también recoge el artículo de Pablo Furques, que expresaba el sentir de muchos sevillanos. Entre otras cosas decía: *“(…)los Quintero proyectaron una estatua a Bécquer y la realizaron con una rapidez vertiginosa, inaugurándola con tal habilidad, con tal conocimiento de la vida, que han sido omitidos cuantos detalles ridículos se estilaban en estas ceremonias: la procesión cívica, con su desfile de chisteras viejas y de tenderos con levitas; los discursos latosos ante la estatua del poeta; el consabido banquete, con la prosa de devoluciones y tajadas; la corona poética, profanando la memoria del poeta...¡todo! Todo eso quedó eliminado hábilmente por Serafín y*

Joaquín, profundos conocedores de la vida y de los detalles visibles que aceleran el paso que hay de lo sublime a lo ridículo.”. Por su parte, Martínez Sierra, se despachaba en Nuevo Mundo de la siguiente manera: “En esta tierra nuestra, hasta para dar surgen dificultades. Ha sido necesario hablar, influir, hacer viajes...Pero el monumento se inaugura, y aún no hace un año que se estrenó “La rima eterna”. Imagínense ustedes jun año para levantar un monumento, en este país del entorpecimiento crónico, de la pereza, de la siesta invencible! ¿Cuánto hubiera tardado en colocar la primera piedra una comisioncita oficial?.

Como no podía ser de otra manera en Sevilla, el éxito de la iniciativa de los Quintero, que a tanta gente dejó en evidencia, levantó celos y envidia entre algunas personas implicadas en las iniciativas anteriores, que salieron a la palestra para justificarse o quitar méritos al éxito de esta, alegando, entre otras cosas, que cuando se tiene tanto dinero como tenían los Quintero, hacer las cosas tan rápidamente no tiene tanto mérito.

El hecho fue que, con gran aceptación general, el 9 de diciembre de 1911, se inauguró la obra de Coullaut en el parque de María Luisa, obra que aún podemos disfrutar a pesar de los numerosos actos de vandalismo que ha sufrido desde su inauguración hasta nuestros días. Para culminar su brillante acción, los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, manifestaron que después de erigido el monumento, aún quedaba un superávit por los ingresos de su obra *“La rima eterna”* y decidieron emplearlo en realizar una edición popular de las obras de Bécquer, a 3,50 pesetas, que la ponía al alcance de un público mucho más amplio, teniendo en cuenta que la edición que circulaba en aquellos momentos valía más de diez pesetas.

Solo faltaba una cosa por lograr: el traslado de los restos al Panteón de los Sevillanos Ilustres.

El ridículo tan espantoso que habían hecho los organismos oficiales y la antigua comisión encargada del monumento proyectado por Susillo, les sirvió de acicate para apuntarse el logro de conseguir el traslado de los restos a la cripta de la iglesia de la Anunciación. Nuevamente José Gestoso, al que al menos hay que reconocer su constancia e interés, se puso al frente de la iniciativa y consiguió la autorización para el depósito de los restos en dicha cripta y asignaciones presupuestarias del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial y de la Academia Sevillana de Buenas Letras, para el traslado de los restos de Gustavo y también los de su inseparable hermano Valeriano. Para el monumento funerario se contó con la colaboración del marqués de Casa Dalp, tal como reza la inscripción que figura en el mismo: *“En la cripta de este templo yacen las cenizas del poeta Gustavo Adolfo Bécquer, por acuerdo e iniciativa de la Rl. Academia Sevillana de Buenas Letras. Fue erigido este monumento a expensas del Excmo. Sr. Marqués de Casa Dalp. MCMXIV”.*



Fotografía de 1913 del traslado de los restos de Bécquer a Sevilla.

Los restos de los hermanos Bécquer, llegaron en tren a la estación de Plaza de Armas el día 10 de abril de 1913. Eva Díaz Pérez, en un excelente artículo publicado en el diario El Mundo, con motivo del centenario del traslado, decía así *“Era jueves y en Sevilla llovía torrencialmente. Tanto que hubo que suspender el cortejo fúnebre que devolvía los restos de Gustavo y de su hermano Valeriano a su ciudad natal. Una bruma de poema germánico, de puro cuento de terror gótico quedó suspendida en Sevilla. Parecía que Bécquer estuviera escribiendo la leyenda romántica y lúgubre de su propio entierro”*.

El cortejo quedó suspendido por la lluvia hasta el día siguiente, pero como los restos mortales de los hermanos Bécquer no se podían quedar en la estación de ferrocarril, hubo que llevarlos, sin demasiado lucimiento, hasta la iglesia de San Vicente, donde permanecieron hasta el día siguiente, 11 de abril, día en el que fueron solemnemente trasladados a su morada definitiva. El féretro de Gustavo iba cargado de flores. Alguien tomó una de ellas y la depositó sobre la caja desnuda de su hermano Valeriano.

Tuvieron que pasar cuarenta y tres años para que, gracias al entusiasmo y la constancia de algunos y a pesar de la incompetencia, el sectarismo e ignorancia de otros, los restos mortales de los hermanos Bécquer descansaran, definitivamente, en Sevilla, no en el lugar que deseaba Gustavo, junto a los álamos del río, tampoco con un sencillo monumento, una piedra blanca y una cruz, pero, al menos, después de muchos y largos esfuerzos y también de muchos momentos vergonzosos, la ciudad hizo justicia con uno de sus hijos más notables.

Lo más importante es que en este año 2013 en el que se cumple el centenario del traslado de sus restos a Sevilla y que después de haber transcurrido ya más de ciento cuarenta años desde su fallecimiento, no se han cumplido los tristes presagios que auguraba el poeta en las dos últimas estrofas de su rima LXI, ya que somos muchos los que nos acordamos y alegramos de que pasara por el mundo:

Quando mis pálidos restos

oprima la tierra ya,

sobre la olvidada fosa,

¿quién vendrá a llorar?

¿Quién, en fin, al otro día,

cuando el sol vuelva a brillar,

de que pasé por el mundo,

quién se acordará?



Sepultura de los hermanos Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer. Panteón Sevillanos Ilustres (foto Florencio Costán)

RECORDANDO A BÉCQUER POR SEVILLA

Calle conde Barajas, plaza de san Lorenzo, casa de los Bucarrelli, palacio de san Telmo (infancia y adolescencia). Orillas del Guadalquivir, venta de los Gatos, Monasterio de Santa Inés (madurez, obra), Glorieta de Bécquer (Parque de María Luisa), Panteón de Sevillanos Ilustres (póstumo)

- (1) Ver capítulo de “La ciudad a través de sus personajes” dedicado a Antonio Susillo.**